

LAS CINTAS MOEBIUS

-¡Demonios! ¡Es horrible! –gritó el doctor Schwarz.

A la salida de la gruta subterránea había pisado uno de esos “gusanos cintas Moebius”, como los había bautizado. Sin querer lo había sacado del foso en el lomo de uno de sus zapatos. Acababa de aplastarlo, y la sangre, amarilla y turbia, le había salpicado la punta del calzado. Estaba horrorizado contemplando otra vez cómo los restos destrozados se reconstruían velozmente y volvían a desarrollarse como inmundas cintas de gusanos predadores.

-¡George! ¡Trae aquí la manguera y devuélvelos al abismo!

El doctor Schwarz y su asistente limpiaron la roca de la entrada de la gruta con sumo cuidado.

Después, el científico llevó a George Ludmig al hotel y volvió con su mujer y la pequeña Betsie a la residencia del Centro de Investigaciones al que pertenecía.

Había contemplado escenas terribles en el seno de la gruta. Ciempiés de dos a tres metros de largo, destilando un desgastante olor a pescado podrido; murciélagos transparentes a través de cuyos cuerpos se veían las vísceras y el esqueleto, en ocasiones las presas desesperadas que habían sido deglutidas vivas. Ranas de tres ojos atrofiados que babeaban las rocas y las volvían gelatina, de la que se despachaban asquerosamente.

Especialmente le había aterrado el pavoroso poder que la naturaleza había concentrado en aquellos gusanos, que, como la misma Hydra, se renovaban cada vez que eran tronchados. Ese detalle, ya de por sí harto significativo, no lo habría llenado de espanto, de no ser porque los gusanos autorregenerables eran

carnívoros e insaciables y constituían la especie predadora más temida en el corazón de la gruta.

El doctor Schwarz no atinaba a definir en su mente el carácter del informe que debía enviar a Tucson. Cuando Mary lo abrazó amorosamente, todavía sentía correrle por la espalda gotas de sudor espesas y arenosas.

-¡Date un baño, Adam! ¡Apesta!

Adam fue instintivamente hasta el cochecito en que estaba Betsie, y mientras se quitaba la camisa, distraídamente con un pie se puso a mecer el carrito de la pequeña, que lanzaba berridos de felicidad en su cuna moviente. Después se sacó los zapatos y los dejó junto a la ropa de cama, en la base de una mesa ratona. La cama todavía no estaba hecha, porque Mary había tenido que ir al centro de la ciudad. Él se terminó de desvestir y entró al baño.

Mientras Mary preparaba la cena, el doctor Schwarz tomó una ducha. No menos de hora y media le llevó asearse escrupulosamente, a fin de expulsar cualquier vestigio de las vidas demoníacas de la gruta.

Mary sirvió la cena y el doctor Schwarz, en ropa interior, se sentó con ella a la mesa.

La pequeña Betsie, que habitualmente era una niña muy calma, comenzó a lanzar alaridos estremecedores.

Mary y Adam corrieron hasta el cochecito. Mary la movió, pero la niña no dejó de gritar en espasmos, en una estremecedora sucesión de crisis espasmódicas.

El doctor Schwarz, todavía sobrecogido por todo lo que había visto y oído aquel día, descubrió bajo la ligera tela que cubría el pecho de Betsie un pequeño promontorio. Rápidamente le quitó la prenda. La cabeza verde y roja de un gusano de cinta Moebius asomaba junto al ombligo de la criatura.

-¡Mary! ¡La atacó un gusano!

Sin entender de qué le hablaba su marido, Mary no pudo contenerse ante la terrible situación. Quiso arrancarle el espantajo a la pequeña.

-¡No, Mary! ¡Espera que salga por sí mismo del cuerpo de la niña, que salga todo entero!

En su desesperación, la madre no escuchó la recomendación de su esposo y tiró de la punta de la cinta. Sólo logró extraer un pedazo.

-¡Mary! ¡El trozo que tiene dentro se va a reproducir, a regenerar! ¡Descúbrele la espalda a Betsie!

Bajo una nube de gritos desgarradores, Mary y Adam Schwarz CONTARON DIECISÉIS TROZOS DE GUSANOS DE CINTA MOEBIUS PENETRANDO A TRAVÉS DE LA ESPALDITA DE LA NIÑA.

-¡AL HOSPITAL! ¡VAMOS AL HOSPITAL! –GRITÓ EL DOCTOR SCHWARZ.

CUANDO LLEGARON AL CENTRO ASISTENCIAL, LOS MÉDICOS DETECTARON CENTENARES DE INTRUSOS FURTIVOS ALOJADOS EN EL CUERPO TIERNO DE LA NIÑA, CAVANDO OSCURAS GALERÍAS POR SU INTERIOR. FRUSTRADOS POR SU FRACASO, DECLARARON QUE NO SE PODÍA HACER NADA, EN TODO CASO ADMINISTRARLE ALGO FUERTE PARA QUE DEJARA DE SUFRIR. DESPUÉS PUSIERON EL CADÁVER EN UNA SALA APARTE, BAJO ESTRUCTAS MEDIDAS DE SEGURIDAD.

CUANDO VOLVIERON A LA RESIDENCIA DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES, DESHECHOS POR LA AGONÍA ATROZ DE SU BETSIE, SE QUEDARON EN SILENCIO SENTADOS EL UNO JUNTO AL OTRO EN EL BORDE DE LA CAMA MARTIMONIAL.

ADAM SCHWARZ DIJO QUE ESOS ERAN LOS RIESGOS DE LA PROFESIÓN, MARY SE ECHÓ A GRITAR DESCONSOLADA.

EL DOCTOR SCHWARZ LE SIRVIÓ UN WHISKY TRAS OTRO Y PUSO UNA SÁBANA LIMPIA SOBRE EL COLCHÓN. DESPUÉS, CUANDO YA LA HABÍA EMBORRACHADO, LA ACOSTÓ.

SE SENTÓ EN EL SILLÓN MECEDORA A PENSAR. PERO NO ESTABA EN CONDICIONES DE HACERLO. AUNQUE ERA UN CIENTÍFICO DE NOTA QUE SOLÍA PENSAR CON DETALLE SOBRE SUS INVESTIGACIONES, LA VIDA ERA MÁS PODEROSA E INSONDABLE; EL HORROR DE TODO LO QUE HABÍA EXPERIMENTADO AQUEL DÍA LO HABÍA EMBOTADO. SÓLO HABÍA SINTONIZADO CON SUS MIEDOS, CON LA HUMANIDAD, CON TODOS LOS REINOS DE LA NATURALEZA, PERO NO CON SUS ZAPATOS, LOS ZAPATOS QUE APLASTARAN UNA CINTA MOEBIUS EN LA BOCA DE LA GRUTA.

PRECISAMENTE EN ESOS INSTANTES TENÍA LA VISTA PUESTA EN EL CALZADO, PERO NO PODÍA PENSAR.

DE PRONTO, MARY LANZÓ UN GRITO DESGARRADOR.

EL DOCTOR SCHWARZ VIO PROR PRIMERA VEZ A UNO DE SUS ZAPATOS MOVERSE Y ENTENDIÓ TODO.

-¡MARY! ¡LAS MATÉ A LAS DOS!

SIN LUCES DE RACIONALIDAD ALGUNA, TRATANDO DE COMPENSAR EL INAUDITO ERROR QUE HABÍA COMETIDO -ERROR IMPERDONABLE PARA UN CIENTÍFICO DE ESCUELA-, MIENTRAS MARY SE DESGAÑITABA PIDIENDO AUXILIO, APOYÓ EL ZAPATO INFECTO SOBRE SU CABEZA Y ABANDONANDO SUS PASADAS CONVICCIONES ACADÉMICAS, EMPEZÓ A REZAR. TODO LO QUE HIZO FUE REZAR, POR LA HUMANIDAD, POR LOS OTROS REINOS DE LA NATURALEZA, POR BETSIE, Y QUIZÁS POR ÉL.